

LOS DERECHOS DEL NIÑO EN LA VIDA COTIDIANA DEL AULA

El tema que hoy nos convoca, ha tomado el séptimo de esos principios, por ser el que compete al ámbito de la educación. No cabe duda que al niño le asiste ese derecho en todos los niveles del sistema educativo, creo que eso al menos nosotros “no lo hemos olvidado”. Pero también debemos saber que el niño, desde la más temprana edad y hasta el fin de su escolaridad, no sólo aprende aquello que responde a la intención del docente, sino que su aprendizaje va mucho más allá.

Y es en ese más allá en el que quisiera quedarme, para analizar el discurso del docente en los actos de la vida cotidiana y analizar algunas obviedades que han establecido como naturales ciertas rutinas, intervenciones del docente y actos de la vida cotidiana..

Por lo tanto considero que el aporte más significativo que puedo hacer en defensa del niño, es pensar en los derechos que le asisten cada día en la vida cotidiana del Jardín, más específicamente en el aula, y desde ahí pensar lo obvio, ya que es en esos actos mínimos en los que creo, el docente puede reivindicar esos derechos.

Los invito entonces a que imaginemos una sala (ya sea de bebés, o de niños de 2, 3 o 5 años) y la dividamos en tantas partes como niños asisten a ella. Tomemos uno de esos micro espacios del aula en el que se desenvuelve gran parte de la vida del niño: la pequeña silla del Jardín, el bebesit, la cuna, la cálida alfombra hecha con trapos de piso o simplemente el piso (compañero inseparable de niños y bebés).

Seguramente muchas veces habremos pensado cómo el niño verá el mundo desde ahí; también nos habremos preguntado, ¿cómo lo comprende e interpreta desde ese lugar?

Tomaremos entonces, la que es a mí entender, una de las primeras obviedades que habría que complejizar.

Es obvio que el Jardín Maternal es pensado por nosotros, como un espacio de aprendizaje para el niño (hoy tenemos un Diseño Curricular que lo confirma); ya no hay contradicciones al respecto, si bien sabemos que aún estamos muy lejos de concretar nuestro cometido. Por lo tanto, consideramos al Jardín Maternal como el lugar ideal para que el niño permanezca en ausencia de los padres.

Al menos eso pensamos los docentes que hemos vivido el Maternal, ya que se supone que si hemos elegido ese ciclo para insertarnos laboralmente, es porque somos conocedores de las bondades que el mismo ofrece al niño.

Sin embargo, no siempre es así y una de las situaciones en donde más se perciben estas diferencias, se da cuando se unifican los roles: “la docente que de pronto, se ha convertido en mamá y debe tomar la decisión de llevar su niño al Jardín”. Es en ese momento en el que comienzan las dudas y las inseguridades, que hasta hace poco eran de tan sencilla solución, a la hora de convencer a los otros padres angustiados, con cierta suficiencia, que ese es el lugar ideal para sus hijos.

Ustedes podrán decir, sí, pero una cosa es pensar como docente y otra es sentir como madre. En ese caso estaríamos actuando igual que el comerciante que vende un producto como bueno, pero que él no piensa consumir por no tenerle confianza. Terreno difícil, que daría para una interesante polémica sobre la que quizás no se aborde a una respuesta uniforme.

Pero, sin llegar a la complejidad que encierra la docente-madre del maternal, mi pregunta aún queda planteada, ¿estamos tan seguras que el Jardín Maternal es el espacio ideal para el niño, en ausencia de sus padres? Entonces, por qué se nos escapa con frecuencia ese ¡pobre!, cada vez que la madre lo manda al Jardín, quedándose en su casa porque no se siente bien o porque es feriado en su trabajo.

Queda claro entonces que consideramos que el Jardín Maternal es un espacio ideal para el niño, sólo cuando sea sumamente necesaria la ausencia de sus padres. Otro terreno difícil que aún no se ha debatido suficientemente, pero con el que mientras tanto el niño debe convivir, haciéndose cargo de ese ¡pobre! que no le anuncia nada bueno. ¡Pobre! Hoy Juan cumple un año, pero los padres no pueden venir porque trabajan, recién se lo van a festejar el viernes en el Jardín. No importa, las señas te lo van a festejar aunque sea con una velita en el postre. ¡Pobre! ¡Feliz cumpleaños Juan!

Y tantos otros ejemplos, de ese ¡pobre! que escucha el niño desde ese micro espacio al que hacía referencia en un principio, ¡pobre! que aparece en tantas oportunidades recordándole que la señorita siente pena por él, por lo que no debe ser tan bueno estar ahí, en esa cálida alfombra o en la pequeña silla del Jardín o simplemente en el piso (compañero inseparable del niño en los primeros años de su vida).

Es obvio que todos los niños a cargo del maestro merecen las mismas oportunidades. Pero también se ha hecho obvio, que los docentes tenemos preferencias más por unos que por otros. Por lo tanto, no sería tan difícil imaginar desde el micro espacio del aula, a ese niño, vamos a llamarle Manuel, que ve cómo la docente siempre aplaude, besa, acaricia y alza a un compañero que seguramente debe ser más merecedor de su cariño; y esa será una confirmación, ya que él aún no tiene las herramientas suficientes para pensar que su maestra no ha descubierto y quizás nunca lo haga, las cosas buenas que él puede ofrecerle.

El otro día, unos estudiantes del primer año de la carrera de Inicial del Instituto con los que estamos intentando trabajar desde un enfoque crítico, me decían cómo una maestra les había contado con total naturalidad (en una sala de tres), cuáles eran sus preferidos: “éste, es terrible pero hace lo que quiere conmigo porque sabe que es mi debilidad” y “esta gordita es mi secretaria, a ella le encanta ir todos los días a buscar el registro”. ¡Ir a buscar el registro! Pensemos por un instante en Manuel, ese niño que seguramente no será merecedor de esos honores, pero que soñará alguna vez, dormido o despierto con ese glorioso momento y se verá caminando “solito” como un héroe por la inmensidad del SUM, hasta llegar a la Secretaría o a la Dirección, ámbito al que van o aquellos que hicieron algo malo, o algunos pocos privilegiados. Y hasta imaginará la cara de la Directora, diciéndole ¡tomá Manuel, y andá derecho hasta la sala! Y Manuel irá con el pecho adelante y la cabeza erguida, mientras sus compañeros lo miran con respeto porque ha cruzado solito el SUM del Jardín.

Ustedes me dirán, a eso lo tenemos resuelto con distintos recursos y estrategias a través de los cuales, a todos los niños les asiste el mismo derecho: esto es, tarjetitas, sorteos, al que le toca le toca, listado con fotos en el friso, etc. Muy bien. Vayamos entonces a otro ejemplo.

Manuel aún no ha adquirido seguridad en su motricidad fina, y tiene cierta torpeza con sus manos, por lo tanto ya van dos veces en esta semana, que cuando toma la taza con ese poco de leche que ponemos para que no se les vuelque y puedan alzarla con facilidad, a él se le derrama una vez en la mesa y otra en el pantalón de Agustín, un niño que tiene una mamá que no perdonará fácilmente el descuido de la señorita. Entonces surge el comentario esperado: ¡otra vez, Manuel!, ¡siempre el mismo! Y mirando hacia la preceptora: ¡esta vez la madre de Agustín me mata, justo es el pantalón de corderoy que le compró hace poco!. La escena que sigue se sucede rápidamente entre la maestra que cambia a Agustín con una nueva muda de ropa, la preceptora yendo a lavar el pantalón de corderoy, y la persona de maestranza limpiando el piso de Manuel, mientras le dice ayy Manuel, Manuel qué racha esta semana, eh?.

¡Cómo se cierra esta escena? con el infaltable minuto de aprendizaje colectivo y de vergüenza pública en el que irremediamente exponemos los errores de Manuel frente a todo el grupo: ¿Vieron lo que hizo Manuel? Eso no se hace, hay que tener más cuidado porque el compañerito se pudo haber quemado. Esta vez no pasó nada, pero podría haber sido peor. Pero Manuel no llora por lo que hizo, tampoco pide perdón (si casi aún no habla) sólo se queda mirando como si nada hubiera ocurrido a su alrededor. ¡Qué lástima que aún no aprendió que con tan sólo hacer un puchero habría volcado la balanza de la comprensión hacia su lado y hubiera recibido un abrazo reparador.

Estarán pensando a esta altura que estoy hilando demasiado fino, pero justamente desde esos pequeñísimos actos de la vida cotidiana, puede observarse que a veces, el discurso del adulto produce, instala, deja huellas, marca, etiqueta.

Tenemos a un Manuel que quizás no sólo nunca lleve el registro a la Dirección, sino que ha quedado registrado como el que tira la leche, y en el transcurrir de la vida cotidiana del aula, cada niño quedará fijado en unos cuantos calificativos que lo definan: Manuel el torpe; Agustín, el que no puede ensuciarse; Josefina, la divina que siempre viene perfumada; Juan, el de los padres desalmados; Mario, el de los papás grandes que no saben cómo educarlo; Nicolás, el de los ojitos achinados, que vive en una quinta, pero que nunca llegará más que a ser un verdulero; y Felipe, el buen compañero, con padres dedicados, ocupados siempre por sus necesidades, que nunca se equivoca, candidato número uno a la bandera en sus años de Infantes.

Pero por suerte, para aquellos que no han sido favorecidos en la distribución de calificativos positivos, existe un aliado inigualable que ayudará a procesar esos olvidos e injusticias del adulto y a atravesar la infancia a pesar de todo: EL JUEGO.

A través de él, el niño podrá retar tal como fue retado, enseñar a un muñeco a no tirar la leche, o la derramará sin culpa sobre los pantalones de otro.

El juego es entonces, un reaseguro en el que el niño procesará la vida. Deberíamos pensar que dado su grado de importancia, debe tener un lugar de privilegio en el Jardín, ya que además será una fuente de datos imprescindibles para el uso del docente, si es que observa con intencionalidad.

Esta es una expresión de deseo: que preserven el juego a través del cual el niño, expresará su dolor, su angustia, su confusión, su alegría y su felicidad.

También creo, sería una necesidad imperiosa la de jerarquizar en todos los niveles de la Educación, otras formas posibles para el niño de procesar la vida, y de sanar el alma cuando no se ha tenido la suerte de caer en un contexto adecuado. Son las posibilidades que nos brinda el ARTE, el que considero, debería iniciarse desde la más temprana infancia a través de los Lenguajes Expresivos.

Qué suerte podemos decir entonces, tiene el niño que puede refugiarse en el Juego o a través de otros lenguajes para resistir a las agresiones del mundo. Recursos que el adulto casi no tiene, ya que ha dejado de procesar la vida a través del juego y que en el mejor de los casos, sólo tiene una vez por semana para refugiarse en el Arte.

Ustedes me dirán, que es imposible reparar en esas obviedades y analizarlas desde las particularidades de cada niño. Los docentes también somos personas a las que nos pasan cosas y que a veces llegamos al Jardín con problemas que superan nuestras posibilidades.

Pero no es cierto que no tengamos reaseguros. Hay un espacio, que ya no será el juego o tal vez el arte, pero que podrá servirnos de apuntalamiento. Y es el saber que no existe la maestra ideal; que si pretendemos responder a las exigencias del entorno tendríamos que ser siempre dulces, tiernas, comprensivas, capacitadas para enfrentar cada situación con justicia, etc. etc.

Si partimos de esa premisa, la de asumir nuestras debilidades, entonces sabremos cómo accionar frente a ellas y no nos encontraremos cometiéndolas con quien no puede defenderse. Sabremos entonces, que es una realidad que me ocurra que tenga debilidad por algunos niños y aprehensión por otros, pero que tengo que superarlo como lo hace el médico que opera tanto a un delincuente como a un premio Nobel, porque lo ha jurado en nombre de la ética profesional. También sabremos que es lícito que haya momentos en los que no puedo controlar la situación y tenga deseos de zamarrear a un niño porque ya no sé cómo decirle que no muerda más a sus compañeros; pero como profesional tomaré los reaseguros necesarios y saldré de la sala pidiendo a alguna compañera que se quede, mientras que salgo un rato y me recupero.

Y en este punto, me pregunto: por qué hemos naturalizado, o considerado obvio, el no meternos cuando una compañera o un compañero de trabajo interviene inadecuadamente frente a un niño, porque “no está dentro de nuestras funciones delatar a un compañero o decirle lo que tiene que hacer”, “que lo vea la Directora decimos, no es mi sala”, o lo comentamos por lo bajo en los pasillos”. Entonces me pregunto, ¿quién protege a ese niño?, ¿qué pesa más? que ese colega no se enoje conmigo o el niño que está desprotegido frente a él.

Por eso creo que no hace falta ir tan lejos a la hora de hacer algo por los Derechos del Niño. Con sólo revisar los actos de la vida cotidiana encontraríamos que cada mañana se puede planificar un cambio que nos acerque a aquellos que verdaderamente nos necesitan.

Un niño tiene derecho a tener un nombre y una identidad, dice uno de los principios. Sin embargo, cuántas veces en el Maternal le hemos cambiado su nombre, aquel con el que está aprendiendo a identificarse, por otro que nos causa más gracia y que sólo corresponde al ámbito del Jardín: redondito, piojo, plumita, son algunos de los tantos que podría mencionar; hasta que con suerte, llega el día en el que ese niño, que ya puede hablar le dice a su mamá: - no quiero que me digan piojo en el Jardín, decíselo a la seño-.

Y dije con suerte encontraremos a algún niño que como el “piojo” pueda decir que no le gusta que lo llamen así, ya que muchas veces ni siquiera hay resistencia y se acepta como si tal, cualquier intervención del docente. Está estatuido que es el adulto el que tiene la palabra autorizada, el que tiene la verdad, el que tiene el saber; y que el niño, tal como lo expresa el término “infancia” es el que no tiene voz, el menor (con la desjerarquización que implica este concepto), el alumno, es decir el “sin luz”. Sin voz, sin luz. Simplemente “sin”.

Y a ese “sin”, podríamos agregarle “sin historia”, por eso intentaremos desde muy pequeño contarle la historia de los otros. Ellos irán entrando poco a poco al mundo de los adultos, a través de nuestras canciones (es innegable el valor cultural de la nana, a través de la cual el adulto lo entra en la complejidad del mundo), de nuestros mitos y leyendas, y de la historia en general.

La historia en general. Dos puntos: todo un tema en el Nivel Inicial, más aún en el ciclo de Maternal; pero para no tener que imaginar nuevos ejemplos sobre los avatares de Manuel en el Jardín para deconstruir lo obvio, sólo voy a dejar formuladas algunas preguntas con respecto a este tema:

Luego de algunos cientos de años en los que ocurrieron hechos de carácter complejísimo de analizar, en donde motivos políticos, económicos y sociales se entrecruzaban mientras se proyectaban los destinos de nuestro país; donde se construía el concepto de Nación, con toda la abstracción que eso requiere, llegamos a esta nuevo Siglo con algunas escenas que simbolizan nuestra historia: San Martín cruzó los Andes, Belgrano creó nuestra Bandera, y hay dos edificios que son muy importantes: el Cabildo y La Casita de Tucumán. También, hace mucho hubo negritos que bailaban el candombe y damas que usaban peinetón.

Y aquí viene la pregunta: sabiendo que el niño recién construye su psiquismo hace los dos años y algo, ¿es importante para esa construcción, que cada año lo vistamos de negro, de caballero o de caballo, para que vaya comprendiendo el sentido de los símbolos que hacen a nuestra Patria?

¿Qué pasa con la vida cotidiana del Jardín en aquellos tan gloriosos momentos de los actos?.

¿Qué pasa cuando Josefina, que siempre está tan linda, no quiere salir a escena porque tiene vergüenza de aparecer frente al gran público?, o ¿con Manuel, que tiene una pechera de granadero (de esas de cartulina que se venden) y que unos minutos antes de su aparición, se la rompe un amiguito que le tira del elástico? Cosas sin importancia diríamos los adultos, -con todo lo que nos cuesta planificar los actos y poner el cuerpo, no voy a reparar en esas nimiedades- . Lo que pasa es que esas nimiedades son la vida misma del niño.

Quisiera terminar formulando, algunos principios que he ido construyendo a la largo de mi vida; derechos, ya no universales, sino **los derechos particulares que creo, debe tener el niño en el aula:**

- Un niño tiene derecho a ser observado con intencionalidad pedagógica por el docente.
- Tiene derecho a ser llamado por el nombre que sus padres eligieron para él.
- Derecho a jugar todos los días.
- Derecho a no ser expuesto frente a los demás.
- Derecho a ser querido.
- Derecho a expresar sus sentimientos a través de distintos lenguajes.
- Derecho a que no se rían de él cuando se equivoque, aunque sea gracioso para los adultos.
- Derecho a llorar aunque sea varón.
- Derecho a no dormir si no tiene sueño.
- Derecho a ser abrazado aunque esté sucio.
- Derecho a no comprender las bromas del docente, cuando lo amenaza dulcemente con irse si sigue portándose mal.
- Derecho a la presencia del adulto, aunque esté dormido en la cuna.
- Derecho a hacerse pis sin que lo reten, aunque pertenezca al bando de los que ya aprendió.
- Derecho a no saber quién empezó con la pelea, aunque la señorita le diga que va a premiar a quién diga la verdad.
- Derecho a que siempre se espere algo bueno de él, aunque demuestre lo contrario.
- Simplemente, derecho a existir para el docente.
- Derecho finalmente, a ocupar un lugar en el corazón del maestro, más grande que la pequeña silla de jardín, que la cálida alfombra de trapos de piso, o de simplemente el piso.
- Vaya mi homenaje a los que no sobresalen y mi compromiso a defender su lugar en este mundo.